

Isabel VELÁZQUEZ (ed.), *Vidas de los Santos Padres de Mérida*, Madrid, Editorial Trotta, 2008, 125 pp.

La catedrática Isabel Velázquez de la Universidad Complutense de Madrid es sin duda una de las más eruditas e importantes investigadoras del mundo Visigodo en Iberia y de la antigüedad en general. Es actualmente la máxima autoridad en las Pizarras visigodas pero destaca también en el ámbito de textos en Latín de época Tardo-antigua-Visigoda, y esta pequeña edición de los Santos Padres de Mérida es testimonio de ello.

La profesora Velázquez califica al autor de *Las Vidas de los Santos Padres de Mérida*, «De hagiógrafo con vocación de historiador» (p. 9). Esta escueta observación refleja un cambio importante ocurrido en los últimos 30 años sobre los escritos hagiográficos, y yo añadiría sobre los sermones. El cambio es que si antiguamente se ignoraban estos abundantes textos como fuentes de valor histórico –a pesar del contenido tipológico-bíblico– (abundantes milagros, visiones e intervenciones Divinas) ahora se aprecia más el valor del contenido histórico en que se encajan los relatos. Este texto tiene también importancia por la simple razón de que en la época visigoda es casi único –por ejemplo abundan textos conciliares– ya que el otro género que se aproxima a las *Vidas* son los *De viris illustribus* de Isidoro y Ildefonso de Toledo, pero son relatos más sobrios, escuetos, y se puede sostener que no son estrictamente hagiográficos.

Esta obra escrita en Mérida en el siglo VI contiene cinco *opuscula* independientes pero, de todas maneras, se ofrecen como un conjunto. Se le dedica mucho espacio a la ciudad de Mérida cuya situación en la época visigoda fue pareja en importancia a Toledo. También se perfilan los obispos Paulo, Fidel y Masona con referencias a sus antecesores episcopales. Velázquez nos recuerda que el relato no es una colección cerrada en su contenido, es decir, relata acontecimientos que van más allá

que Mérida, señala los reinados de Leovigildo y Recaredo. Otro rasgo interesante nos dice la autora es «que dibuja un panorama muy ilustrativo de la ciudad y su entorno más o menos cercano, en cuanto a la existencia de sus principales iglesias, edificios religiosos y monasterios, y, sobre todo, refleja el crecimiento urbanístico y económico» (p. 10). La arqueología de esta zona y ciudad complementa y ha corroborado este aspecto de la obra y confirma su importante papel en estos siglos. La más destacada es el descubrimiento de la basílica de Santa Eulalia precisamente debajo el lugar que indica las *Vidas* (p. 11).

La profesora Velázquez nos informa sobre la autoría, redacción, del contenido y profundidad, fuentes literarias, ediciones y traducciones. El autor es desconocido y la obra se difundió en dos recensiones. Los dos códices visigóticos proceden de san Millán de la Cogolla y el otro de santo Domingo de Silos. Pero la segunda redacción es de un compilador, que le dio nuevo título, cuyo nombre fue Paulo, diácono de la iglesia en Mérida, y se sostiene que se realizó en los años setenta del siglo VII. Después de una detallada presentación del contenido –usando varios concilios visigodos como punto de referencia– se precisa que Paulo revisó la obra entre los años 666-681. Volviendo a su valor histórico, nos dice la autora que sirven «estos mismos datos para comprobar el indudable valor que tienen estas obras en su clave histórica, a pesar de tratarse de vidas de santos» (p. 17). Y típico del género hagiográfico las *Vidas* tienen como reto fundamental fomentar los valores cristianos, o mejor dicho, los autores, «persiguen escribir obras con una finalidad edificante para la sociedad... dentro de las cuales los acontecimientos históricos se reinterpretan en clave de santidad, de intervención divina, de mediación de los santos» (p. 18).

En toda la trayectoria tardo-antigua, o sea Iberia o Galia, las obras literarias siempre tenían estos fines pedagógicos de promover la fe Cristiana y sus valores sin excepción. Los obispos que se presentan en las *Vidas* tampoco se sitúan de forma simplemente objetiva, sino que, asumen un papel pedagógico fundamental. Como dice Velázquez, «se trata de una obra panegírica» (p. 19). Los obispos, a través de sus milagros, confirman la fe de los fieles pero, a la vez, confirman la misma fe de los pastores de la Iglesia, son signos. Una lucha eclesial, que estaba en juego hasta el ascenso al trono de Recaredo y su subsiguiente conversión a la fe Católica, es el arrianismo –que oficialmente murió en el Tercer Concilio de Toledo (589), convocado por el recién convertido Recaredo–. Es decir, los obispos de Mérida son unos campeones que vencen a los arrianos y llevan al pueblo de Mérida y de sus alrededores a la verdadera fe. Al final los Padres de Mérida se proponen a todos los fieles, «como referentes de emulación y admiración y como hombres santos (*uiri sancti*)» (p. 22), y esto lo muestra la profesora Velázquez con varios ejemplos. Además los obispos de Mérida tomaron el papel de protectores de esta ciudad considerada Santa, tipificando la vida de oración, contemplación y destacando su papel de administradores de la ciudad.

Otro personaje que se promueve en la obra es la protectora de Mérida, la mártir santa Eulalia, cuyo culto se extendió en toda la Península Ibérica. Lo resume brillantemente la autora, «Todos los episodios se enmarcan en la actuación divina, bajo la intercesión de Eulalia y la protección que

ejerce sobre la ciudad y sus santos varones» (p. 31). Sobre las fuentes que se encuentran en las *Vidas*, destacamos los *Diálogos* de Gregorio Magno, la *Vita sancti Martini* de Sulpicio Severo –Martín aparece como modelo *par excellence*– Isidoro de Sevilla, Prudencio, *Passiones* de mártires y, fundamentalmente, la Biblia.

Finalmente al lector se le facilita un breve opúsculo historiográfico sobre ediciones y traducciones. La primera edición parece haber sido de Bartolomé Moreno Vargas en 1633. A partir de la edición de 1638 de Tomás Tamayo de Vargas siguen las de Sáenz de Aguirre, Migne, los Bolandistas y de Flórez en su *España Sagrada*, volumen 13. En tiempos más modernos destacan las de C. de Smedt (Bruselas 1884), y especialmente las de J. N. Garvin y A. Maya. La profesora Velázquez opina que aunque la de Garvin sigue siendo muy útil –especialmente su comentario histórico–, la de Maya (*Corpus Christianorum*, CXVI, Turnhout, 1992) es la mejor edición en la actualidad, y es en la que se basa Velázquez.

Parece claro que los especialistas no encontrarán muchas novedades pero se les será útil para una referencia rápida de consulta. Para el lector no formado en estos temas es una cornucopia de información con una de las mejores introducciones de la obra y su entorno histórico. Felicito a la profesora Isabel Velázquez por haber sacado a la luz esta traducción con comentario de un texto fundamental de la época visigoda.

Alberto FERREIRO  
Seattle Pacific University